

Duro y batalloso había sido para el general Díaz el año de campaña sostenida desde que, acompañado de su asistente y un guía, saliera al galope de su caballo por la garita de Puebla, en busca de elementos para combatir, después de haber efectuado aquella fuga legendaria de la prisión donde se le mantenía. Duro y batalloso había sido tal año; los triunfos en él obtenidos, muy caros; las ventajas, muy disputadas; pero al fin de ese período de tiempo le vemos poniendo en alarma á las guarniciones de Puebla y Oaxaca, y en tal conflicto á la de esta última ciudad, que vacila sobre la forma en que debe atacar ó defenderse del caudillo republicano, á cuyo valor en los peligros, la inteligencia en las disposiciones é inquebrantable constancia en toda clase de pruebas, se debía aquella situación que anunciaba otra era. ¡Sí, que ya en mayor escala se iba á sostener la porfiada brèga!; ¡ya otros tiempos venían, debido á la preparación, con tanto afán y con tanto heroísmo llevada á cabo, en el reñido desigual combate de un año entero!

Ocupémonos, pues, de reseñar ya, como anunciamos en el final del capítulo anterior, dado que llegamos ya á la época relativa, los hechos que tan importantes por su trascendencia fueron para el glorioso triunfo de la República.



XXV

Triunfa el general Díaz en Miahuatlán. Establece el sitio de Oaxaca, y lo levanta.

1866

ACABABA de ser derrotado el escuadrón húngaro, á las inmediaciones de Nochistlán, dejando sobre el campo el cadáver de su jefe, el conde de Gants; y el general Díaz, que más que á pequeños destacamentos, tenía que atender á la fuerte guarnición de Oaxaca, la cual se había propuesto mantener en doble jaque, por uno y otro diverso rumbo, con sus relativamente reducidas fuerzas, vuelve al frente del grueso de ellas á Tecamatlán. De allí parte á ejecutar operaciones diversas.

Sigámosle en la relación que, respecto del momento, hace en su Autobiografía:

«Vuelto á mi campamento de Tecamatlán,—dice,—emprendí otra vez la marcha por el rumbo de las Andallas, mandando á mi hermano por la vía más corta á colocarse al Norte de la ciudad de Oaxaca, apoyándose en la sierra de San Felipe del Agua, con orden de amagar de cerca la plaza si el enemigo la debilitaba al lanzar alguna tropa en mi seguimiento, y ofreciéndole que yo haría cosa semejante por el Sur en los casos en que él fuera perseguido.

»En cumplimiento de esa combinación, verifiqué mi marcha hasta Zimatlán. En este pueblo supe que una fuerte columna, mandada por el general Oronoz, salía á encontrarme.

»Evadiendo el choque, me dirigí á Ejutla, y allí permanecí hasta que Oronoz se movió de Zimatlán; entonces ocupé á Miahuatlán. Permaneció el enemigo en el citado Ejutla, y yo en las posiciones que había escogido.»

El general Díaz tomó en cuenta, al acantonarse en Miahuatlán, que estando el pueblo tras un lomerío, al pie de la sierra de Cuixtla, podía aprovechar la situación de las lomas, si se presentaba oportunidad, ó retirarse á tomar posiciones más ventajosas á la sierra, si así lo demandaban el efectivo y la forma con que se acercasen las tropas contrarias.

Tres días quedó en la inacción Oronoz en Ejutla, pero de improviso avanza el día 3 de Octubre de 1866, y de tal manera lo hace, que los exploradores del general republicano llegan á darle cuenta de su aproximación á las tres de la tarde, cuando ya las polvaredas denunciaban la presencia del enemigo frente á Miahuatlán.

Se habían mandado limpiar los fusiles, y algunos se hallaban desarmados.

No había tiempo que perder: los instantes corrían, y era preciso, antes que todo, salir al frente, al Norte, para que quedase libre el camino de la sierra hacia Cuixtla, cuyo camino se halla al Oeste de la población.

Así es que monta á caballo el general y dispone que la infantería forme á la mayor brevedad posible con sus bagajes, y que desfile luego por el camino dicho, bajo el mando del coronel don Manuel González; y que al acabar de ensillar la caballería, le siga á él, que con su numeroso estado mayor, y una escolta de unos treinta jinetes, se dirige al encuentro de Oronoz. La caballería republicana se hallaba á las órdenes del general Ramos y tenía 280 hombres, y la infantería constaría de 600 plazas.

Tales fuerzas, con escasos cartuchos, iban á combatir contra mil cien infantes y trescientos caballos de Oronoz, dotados con dos piezas de artillería y perfectamente equipados.

El pueblo de Miahuatlán, como hemos dicho, está tras un lomerío: hacia el Norte sale el camino para Oaxaca, y al Sudoeste el de Cuixtla. El general Díaz, al disponer que la infantería se dirigiera al segundo, se adelanta por el primero, y al subir á una colina que, como á un kilómetro de la población, tal camino atraviesa, dispersa en tiradores á su escolta y á su estado mayor, y manda hacer fuego sobre el enemigo que avanzaba. Éste, que no se da cuenta de lo que pudiera haber tras de aquella colina, de donde recibe los primeros disparos, juzgó sin duda que un encuentro general iba á efectuarse, y se pone en disposición de combate; hace alto y monta sus cañones de montaña, que venían á lomo de mula.

En tales momentos, á virtud de hallarse en una altiplanicie, pudo advertir la salida de la caballería, que venía á incorporarse con el general en jefe, la que tenía que ir perdiéndose de su vista conforme se acercaba á la colina sobre la cual dicho general se hallaba con su escolta y estado mayor; y casi coincidiendo con el avance de esa tropa, á poco pudo notar que el grueso de las fuerzas liberales, que la infantería componía, se dirigía por otro rumbo sobre el dominante camino de Cuixtla, que empieza á elevarse desde la salida de Miahuatlán.

Así es que debió cambiar de opinión sobre que el encuentro general iba á tener luego verificativo, y probablemente comprendió que el objeto al lanzarle fuerzas montadas al frente, no era otro que el de dar tiempo á los infantes para ponerse á distancia; pues que tras de algunos instantes que aquello ocurrió, reúne su caballería, que había antes colocado en sus alas, y la hace avanzar.

Desde luego el general republicano ordena que la suya, que no acababa de subir á la colina á que nos hemos referido, contramarche hasta unirse con el grueso de la fuerza, pasando por el pueblo, y á ella incorpora su estado mayor y escolta. Se adelanta á todos, acompañado únicamente de un ayudante y su clarín de órdenes, y hace alto á la orilla de la población, disponiendo que el ayudante expresado, violentamente, y por el fondo de una barranca que corre al Noroeste de Miahuatlán, trajera cincuenta hombres de tiradores de la Montaña, que, siendo de los que en lo general cubrían la retaguardia, aun no debían haber subido al camino de Cuixtla; y esos tiradores llegan, y son colocados ocultamente en una crecida milpa, al flanco del camino que la caballería enemiga traía, y un grupo de vecinos armados se sitúa al otro lado, tras de un magueyal.

Apenas verificado esto, la caballería republicana llegaba á la población seguida por la contraria, que acuchillaba ya á algunos soldados de su retaguardia; y en tales momentos, viniendo los jinetes enemigos por el estrecho de la carretera, son batidos de improviso á quemarropa, por flancos para ellos infranqueables, y obligados á retroceder ante los cercanos y certeros fuegos.

Así, la fuerza montada del general Díaz puede, sin más persecución, incorporarse al coronel González; y la perseguidora, al contramarchar, se une á las tropas de que dependía, que habían seguido avanzando, pasada la colina de que hemos hablado, y dado frente á su derecha, hacia donde miraban las fuerzas republicanas, que seguían sobre el camino que habían tomado.

Ese camino, saliendo como antes expresamos por el Sudoeste de Miahuatlán, rodea la barranca que existe por ese rumbo, y formando un pronunciado arco, voltea al Norte, hasta hallarse casi paralelo al procedente de Oaxaca, por donde Oronoz llegaba. A virtud de ello, quedaron las tropas en las condiciones dichas: unas desfilando en el camino dominante de Cuixtla, y las otras en la falda de la loma frontera, con una barranca franqueable de por medio.

En tal disposición las fuerzas, el general Díaz, que las observaba desde la orilla de la población, considerando las posiciones relativas del momento, al obedecimiento de una inspiración instantánea, manda tocar *alto y frente á la derecha*, y González ejecuta el movimiento indicado, con la infantería y la caballería ya incorporada, resultando así frente á frente las fuerzas que iban á contender. Dicho general había mirado que, al avanzar el enemigo, hizo retirarse con pérdidas al grupo de paisanos que se habían situado en el magueyal; pero que sus cincuenta infantes permanecían ignorados, cubiertos entre la crecida milpa, que llegaba hasta el camposanto del pueblo, donde el citado enemigo apoyaba su izquierda. Así es que, abarcando como la inmensa oleada de la luz de un relámpago, toda la situación; visto por él que su caballería, dada la posición que ocupaba ocultamente, podía hacerla llegar hasta herir de improviso por la espalda al enemigo, y que combinados y sumados sus elementos puestos en vigorosa acción, producirían el éxito, ordena á los citados cincuenta infantes que, sin salir del maizal, para que no se advierta lo reducido de su fuerza, ataquen al enemigo por el costado, en el momento que vean ejecutarse una carga que se le hará por el frente; y tras eso, corre, vuela, busca paso por la barranca que lo dividía de su fuerza y se le incorpora, precisamente cuando una espesa línea de tiradores, formada por un batallón de Oronoz que mandaba el teniente coronel D. Pedro Garay, se extendía al frente, y protegida por los disparos de sus cañones, comenzaba su fuego, formado en dos columnas paralelas el resto de la infantería contraria, con la caballería á retaguardia.

Veamos lo que sobre esos momentos nos dice el mismo general en sus apuntes:

«Una vez incorporado con el coronel González, para desarrollar mi plan proyectado, mandé que mi caballería tomara distancia á retaguardia, como para cubrirse de los fuegos; y como nos hallábamos en la cima de una loma, á poco andar de la caballería quedaba ésta fuera de la vista del enemigo.

»Esa loma da una vuelta, en forma de semicírculo, por el lado que era izquierda nuestra y derecha del enemigo; y atrás de ella, en la depresión, hay un pequeño arroyo. Tomado ello en cuenta, di orden al general Ramos para que hiciera un movimiento envolvente, de unos seiscientos metros, por todo el cauce del arroyo, para no levantar polvo, lo cual era bastante para, de modo oculto, llegar casi á la espalda de la fuerza imperialista. Su línea de tiradores, la de esa fuerza, nos nutrió sus disparos, que nuestra línea no podía contestar, porque apenas tenían siete cartuchos por plaza la mayor parte de nuestros soldados, y bien pronto los quemaron. Así es que, cuando noté que los fuegos se apagaban y comprendí la causa, reforcé la cadena con algunos hombres que no habían disparado, y que fueron á intercalarse en ella para de este modo continuar el tiroteo.

»Había prevenido al general Ramos cargara á fondo en el momento que se tocaran *tres puntos*

agudos después de atención; y el capitán Rojas, que mandaba á los tiradores ocultos en el maizal, tenía instrucciones para, en el momento oportuno, romper un vivísimo fuego al costado del enemigo, aproximándose hasta la orilla del plantío de maíz, y sin salir de él para que no se notara lo reducido de su fuerza. Como no teníamos municiones con que quebrantar previamente al contrario, apenas

calculé que Ramos, al trote, hubiera llegado al lugar correspondiente, precipité mi combinación, mandando que toda la infantería descendiera inmediatamente á la barranca, la pasara y se echara encima del enemigo en la falda opuesta; y en los momentos que tal se hacía, di la señal que serviría tanto para la caballería como para los tiradores escondidos del flanco.»

Todo habíase puesto en acción, y lo que vendría ya no demandaba nuevas disposiciones: ¡al encuentro, al choque por todas partes!... Así los sucesos encaminados, el general Díaz se adelantó al frente de su infantería, y acompañado del coronel González, la arrastra con su ejemplo valeroso...

Había desencadenado de su mano la tempestad; los bien calculados golpes caían sobre el enemigo, y espantaban y herían como rayos.

Los imperialistas, al ver el avance de los republicanos, mandan á su frente su caballería, que, sin chocar, de la barranca retrocede en confusión y vuelca uno de sus cañones, y desorganiza su propia infantería; y tras esto, sienten la ola de acero y lumbre que



EXPLICACION			
Fuerzas mexicanas infantería	POSICIONES 1ª 2ª	Fuerzas francesas infantería	POSICIONES 1ª 2ª
caballería	■	caballería	■
tiradores	●	artillería	■
dirección de marchas	—	tiradores	●
POSICIONES SIMULTANEAS		dirección de marchas	
Fuerzas mexicanas	a	Fuerzas francesas	b
	a'		b'

BATALLA DE MIAHUATLÁN

los rechaza, y el fuego no esperado y certero al flanco y la carga de caballería á retaguardia.

El desastre tenía que ser la consecuencia de aquella combinación en que la estrategia y la táctica, subalternadas al genio, obedecieron sus inspiraciones instantáneas.

La derrota se consumó y fué completa. Así da cuenta de la misma el general Díaz:

«Sin gran dificultad se aprisionó á la infantería del enemigo, que después de haber tirado sus armas, corría en desorden por las lomas, y con mi caballería hice á la contraria una persecución de más de tres leguas, concluída la cual, regresé entre nueve y diez de la noche. Después me ocupé de que se atendiera á los heridos, y de que se levantaran del campo las armas y otros pertrechos, dejando para el día siguiente la operación de recoger á los muertos.

«El general Oronoz había huído con varios de sus jefes y oficiales, quedando muerto en el campo el jefe francés M. Enrique Testard, que mandaba un batallón de fuerzas mexicanas cuya oficialidad era exclusivamente de franceses, así como muchas clases de tropa que se habían enganchado en México.

«Gran parte de los muertos eran oficiales mexicanos y extranjeros, pues que habiendo ellos perdido sus caballos, que habían dejado con los bagajes á retaguardia, por donde mi caballería cargó, no pudieron huir como lo hizo su general en jefe.

«Entre los prisioneros había también oficiales franceses, que fueron remitidos á la sierra para su custodia, á fin de que no entorpecieran las operaciones.

«A veintidós jefes y oficiales mexicanos se les pasó por las armas, según las leyes vigentes. Pesaba sobre ellos el doble anatema de que, siendo de nuestro ejército, habían ido después á servir al enemigo.

«El botín consistió en unos mil fusiles, dos obuses de montaña, y cuarenta y tantas mulas cargadas con municiones de fusil y de cañón.»

Aquel hecho de armas había tenido efecto entre 1.400 hombres de Oronoz, con dos piezas de artillería, y 900 del general Díaz, sin cañones y con escasos cartuchos, según pudo advertirse de algún incidente del combate. Al vencido se le hicieron prisioneros, con que se engrosaron las fuerzas republicanas.

Los tiradores de á caballo, sobre una altura, hicieron desplegar al enemigo antes de tiempo; el avance y rápida retirada de la caballería, originó que la contraria que cargó, se encontrase con el vacío, siendo recibida con fuegos disparados á quemarropa por los flancos, inaccesibles para ella, y que la obligaron á retroceder; la marcha flanqueante de la infantería, con González, ejecutada entretanto, la colocó en posición dominante, y con libre retirada; y la vuelta oculta de la caballería, con Ramos, hasta atacar de improviso y por retaguardia al contrario, ya comprometido en el último período del combate, y al que simultáneamente, por frente y flanco, le carga la infantería, dirigida por el propio general en jefe, consumó el glorioso triunfo que en la historia mexicana se ha llamado la victoria de Miahuatlán.

Tras de la alarmadora noticia de *el enemigo encima*; cuando se tienen pocas fuerzas para resistirlo, más se admiran las peripecias no calculadas y luego resueltas de la iniciación de ese combate; la forma en que, de momento, se da colocación dominante al grueso de las fuerzas, la sagaz manera de preparar la carga por la espalda con la caballería; y para acabar de apreciar el suceso que nos ocupa, hay que considerar aquel conjunto á la hora de la acción simultánea de todos los elementos sacudidos por la mano vigorosa del general en jefe, que alienta á los suyos en medio de la refriega poniéndose, con González, á la cabeza de la infantería que carga...

Ya se verá cómo el hecho de armas de Miahuatlán cambió ventajosamente los destinos de la guerra.

El 4 de Octubre, el general en jefe acabó de recoger el campo; refundió en sus cuadros de batallones á los numerosos prisioneros que había hecho y estableció un hospital de sangre, en lo cual fué secundado con inteligencia y esforzada voluntad por el doctor D. Antonio Salinas, que acababa de incorporarse.

El 5, con la nueva organización dada á sus tropas, pasó revista de entrada, y luego efectuó escrupulosamente la de armas y municiones. El día 6 emprendió resueltamente su marcha hacia Oaxaca, y acampó al frente de ella el 8 de Octubre de 1866.

Hablando de las operaciones de su hermano, y de las propias efectuadas á inmediaciones de la capital del Estado, dice el general Díaz:

«A poca distancia de Oaxaca encontré un comisionado del coronel D. Félix Díaz, el día 7, quien me comunicó que, aprovechando la ausencia de Oronoz, que salió á atacarme, habíase él acercado á la ciudad por el Norte, sorprendiendo una guarnición de cincuenta hombres de caballería que cubría la plaza de Tlacolula, y que se dirigía sobre Oaxaca con objeto de hostilizar su guarnición. En efecto, al día siguiente, el 8, según nuevo parte que recibí, el coronel Díaz había ocupado parte de la plaza, teniendo al enemigo reducido á los conventos de Santo Domingo, el Carmen y Cerro de la Soledad.

»Ese propio día, en la noche, luego que llegué á la capital, perfeccioné el sitio, ocupando la hacienda de Montoya, la casa Mata y el monte Pelado, y puse mi cuartel general en la hacienda de Aguilera. Permanecimos así hasta el día 16, en que había logrado estrechar al enemigo en los conventos que le servían de cuartel, á extremo de quedar con sólo una calle de por medio entre nuestras posiciones y las suyas.»

Ese día 16 de Octubre de 1866, á que el general Díaz se refiere en lo inserto, interceptó al enemigo un pliego en que se daban instrucciones al general Oronoz, para que se resistiera en la plaza á todo trance, porque una columna de 1.300 hombres, bien equipados, y en su mayor parte formada de tropas austriacas, estaba en visperas de llegar en su auxilio; que, por consiguiente, estuviera pendiente de su arribo, para que protegiese su incorporación.

Estaba tan seguro el general Díaz de que los sitiados no podían recibir de fuera ninguna correspondencia, que consideró que la noticia de la aproximación de fuerzas auxiliares no era en su conocimiento; y como el general Figueroa venía á unirse á él, con reducidas y mal municionadas tropas que por un camino oblicuo habían de llegar cerca de La Carbonera al mismo que la columna traía; y como era de todo punto inconveniente, aunque no peligrase la fuerza de Figueroa, el dejar obrar combinadas sobre él mismo las fuerzas sitiadas con las de auxilio, juzgó necesario, aprovechando el estado de ignorancia de Oronoz, lanzarse en el peso de la noche y con todo sigilo contra la columna procedente del interior de la República, para así, á la vez, proteger á la citada fuerza del general Figueroa y batir aislada á la enemiga. Al resolverse á obrar así, tuvo en cuenta que, tras un triunfo que se obtuviera, era poco probable una resistencia considerable después en Oaxaca.

Con tal claridad de concepto apreciada la situación, en la noche del día citado concentró sin vacilar las fuerzas que circundaban la parte de Oaxaca que mantenía en sitio, mandando órdenes directas y con distintos ayudantes para que, por diversos senderos, se dirigieran á la hacienda de Aguilera, que fué el lugar de reunión. Tan sigilosa y separadamente se hicieron los movimientos, que los mismos jefes de cada unidad no sabían una palabra respecto de lo que hacían las otras; y fué para ellos una sorpresa, al emprender la marcha en medio de la obscuridad, saber que en la columna desfilaba toda la fuerza de que se disponía.

Al general Díaz, sobre el camino, le preocupaba la suerte de Figueroa; y anheloso pasó de Etna, donde debía esperarlos, y llegó á las nueve de la mañana del día 17 hasta San Juan del Estado, donde felizmente supo que acababa de arribar también el citado general Figueroa á la cabeza de su tropa.

Salvado aquel peligro, incorporadas las fuerzas en Etna, á donde regresó, y sabiendo que el enemigo que venía en marcha, por la distancia á que se encontraba, aun le permitía disponer de

algunas horas, con avidez las aprovecha preciosamente para regresar á amagar á Oaxaca con sólo la caballería, á fin de que Oronoz no se atreva á hacer salida alguna, suponiendo que Díaz se mantenía en los alrededores de la ciudad. Feliz concepción estratégica, que realiza como la que tuvo para unirse con Figueroa. Con las fuerzas montadas, al trote, llega hasta la hacienda Blanca, á seis kilómetros de Oaxaca; permanece al frente de la ciudad, y en el peso de la noche regresa á incorporarse con el grueso de sus tropas, á las que previamente dió instrucciones para que al amanecer del 18 se adelantaran un tanto al encuentro del enemigo, á fin de tomar con tiempo posiciones en La Carbonera.

Salía de Etna la columna principal cuando el general Díaz, con la caballería, se le incorpora y sigue la marcha.

Así ejecutando sin vacilar operaciones graves, como el levantamiento del sitio, y luego activas y bien pensadas marchas, para proteger á los suyos y amagar á los contrarios, y con todos los elementos al fin, correr al encuentro de los que se habían escogido para combatir; así, multiplicándose el general en jefe, pasó los días y noches del 16 y 17, remudando sus fatigados caballos para, á los albos del 18 de Octubre de 1866, ponerse al frente de unas fuerzas que, al recibir los primeros rayos del sol de aquel día, que iban á hacer memorable, miraban á su cabeza á su general, que con las geniales operaciones de preparación que había realizado, les aseguraba la victoria. Esa intuición, que viene como misterioso soplo revelador á las masas en los instantes solemnes, se le hacía entender, y robustecía la confianza en su caudillo, y exaltaba su entusiasmo; y por eso gozosas avanzaban, anhelando combatir. ¡Vedlas, Porfirio Díaz las dirige; desfilan en columna de viaje, y ya toman el paso veloz y embrazan las armas!... ¡Corren á La Carbonera!

